RITA NIXON

El amor no es un invento de los poetas

divinitybooks.

mr

Rita Nixon

El amor NO es un invento de los poetas

mr ediciones martínez roca

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2016, Mediaset España Comunicación, S.A.
© 2016, Rita Nixon
© 2016, Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de
Ediciones Planeta Madrid, S. A.
C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4291-9
Depósito legal: B 15.075-2016
Preimpresión: Victor Igual
Impresión:Black Print

Impreso en España-Printed in Spain

Capítulo 1

Comienzo a sentir un ligero mareo mientras miro las tapas de *maki* de anguila rebozado con semillas de sésamo sobre una mesa. Los colores llamativos se entremezclan en mi cerebro reconvirtiéndose en formas oníricas. Quizá me he pasado con el champán. Una imagen martillea mi cabeza mientras alargo la mano para comerme una nueva pieza de *sushi*. Es la de mi jefa Loles Bazán, la directora de *Metropolitan*, cuando tantas veces dice:

—Tengo que comer por lo menos cada tres días en un japonés o, si no, es como si me faltara algo.

¡Será puta! Con el sueldo que nos paga bien que ella se puede permitir comer en el Kabuki todos los días. Yo me tengo que llevar los *tupper* porque si no me dejo el salario en restaurantes. Es lo que tiene trabajar en una revista femenina de moda, y más que moda, corazón, cuya redacción se halla en el madrileño barrio de Salamanca. Pero claro, con los recortes y el descenso de ventas de la versión en papel de la revista, nos han dejado sin cheques de comida.

Pero eso no es lo peor. Como se cree Anna Wintour, le encanta humillarnos en público delante de toda la redacción. Quiere que veamos lo mala que es y que todos le ten-

gamos miedo. Necesita escenificar su poder. A mi compañera Montse la machaca y está tomando pastillas para la ansiedad del estrés que tiene. Yo también tomo alguna pastillita que otra, desde lo de Esteban.

Pero eso no lo sabe nadie y vosotros no vais a abrir la boca, ¿verdad? Es que fue muy fuerte lo que pasó...

Quiero que sea un secreto para que nadie piense que soy una débil. Y menos que lo sepa Loles Bazán. Si detecta cualquier atisbo de fragilidad en mí, no parará hasta que me suicide.

Hoy la ha pagado conmigo. Resulta que he publicado en la web un reportaje sobre Fran Rivera en el que reconoce haber mantenido un romance en su momento con Lolita, la hija de Lola Flores, a la sazón amiga de la madre del torero, Carmina Ordoñez, y también exmujer de su padre, Paquirri. Como veis, la modernidad es un concepto que se queda únicamente en el título de la revista. El contenido es el de siempre, cotilleo *cum laude*.

Lo que ha pasado es que al ver que mi reportaje era tan potente, de los que a ella le ponen, Loles ha entrado en ebullición y se ha producido una explosión que ni las de Hiroshima y Nagasaki. La onda expansiva ha recorrido el palacete de la calle Ayala en el que se encuentra la redacción de *Metropolitan*, ha salido por la azotea y ha formado una nube negra que ha cubierto todo Madrid durante unos segundos. Y lo que es peor, el epicentro de tal desastre era yo.

¡Lo que ha podido soltar esa mujer por la boca! Se creerá la directora de *Vogue*, pero muy fina no es. En su diarrea verbal, llena hasta la náusea de palabrotas, me ha amenazado cinco veces con despedirme y tres con hundir mi carrera para siempre. Pero lo que ha querido decir es que hay que cuidar la cabecera y dejar los mejores contenidos

para la revista, no quemarlos en internet. No se da cuenta de que la gente ya no compra en el kiosco, sino que consume *online*, y quiere las noticias cuanto antes mejor. Sigue viendo internet como el hermano pobre, la casta inferior del periodismo.

Y todo por culpa de la eterna guerra que Loles mantiene con la directora de la web, Noelia Linares. Dos personalidades egocéntricas y a cual más acaparadora de poder y méritos. Pero digo yo: ¿por qué su sangrienta pelea nos tiene que afectar a todos los redactores?

—¿Tú quién te has creído que eres, niñata? —me ha dicho mientras le salía la bilis por la boca y hasta un ojo se le ponía bizco, que para dirigir una revista presuntamente de estilo de vida es bastante antiestético. Digo yo.

He mirado a mi alrededor y se me ha pasado por la cabeza contestarle que soy la única que ha conseguido exclusivas en los últimos dos meses. Pero en vez de eso, he dirigido mis ojos a mis compañeros y me he hecho bicho bola. O sea, que me he quedado callada como si quisiera ganar un concurso de mudos y mis ojos se han humedecido de tal manera que sólo tenía ganas de salir corriendo a llorar al baño. En ese momento, Loles se ha sentido la vencedora del duelo, su autoridad ha quedado manifiesta una vez más y se ha metido satisfecha y triunfal en su despacho.

Mis compañeros Hilario y Pedro, que son pareja, me han abrazado y me han acompañado al baño. Allí hemos llorado los tres juntos y nos hemos sentido como tres folclóricas en el entierro de nuestro amado torero. Para compensarme del día aciago, Sara, la de maquetación, me ha invitado a una fiesta de modernos en un ático de Alonso Martínez. Al principio he dicho que no, que sólo me apetecía quedarme en el sofá viendo una película de Julio Medem.

Me ha entrado tal depresión sólo de pensarlo, que me he dicho: «O me suicido o salgo a conocer modernos».

Y aquí estoy en el salón de un pisazo de doscientos metros, reformado y decorado con un gusto exquisito por sus dueños, Fer(nando) Torregrosa y Carl(os) Satrústegui, los directores de cine del momento. Están celebrando el éxito en taquilla de su ópera prima: *El sable impecable*. Son pareja profesional y pareja sentimental, y la casa está llena de sus amigos gais y bolleras adulándolos y afirmando que no tienen nada que envidiar a Almodóvar o Amenábar. Lo típico de estos saraos *gilimodernitos.*

Yo no he visto la película, por lo que no tengo criterio para valorar su calidad cinematográfica, pero el título me horroriza, sobre todo por su simbología fálica. Y tampoco tengo nada contra el universo homosexual, el problema es que, después de lo de Esteban, ya no sé de quién fiarme. Y, por supuesto, estos ambientes dificultan enormemente mis posibilidades de encontrar al nuevo hombre de mi vida.

Alargo la mano y cojo mi décima *gyoza* bañada en salsa oriental. ¿Qué ingredientes llevará...? Mejor no intento averiguarlo.

—Perdona, la salsa te está chorreando un poco por la boca... —susurra una voz grave, como si fuera la de un locutor de radio de los programas matinales.

Me giro hacia él y, de repente, veo a Jesucristo que, vestido con túnica blanca y un escapulario, me mira de un modo aún más penetrante que la Tizona, la tuneladora que contrató Alberto Ruiz Gallardón, el que fuera alcalde de Madrid, para agujerear toda la ciudad y soterrar la M-30.

No penséis que estoy loca, es sólo que yo soy de imaginarme cosas. Pero cosas... muy extravagantes, muy... pe-

culiares. Una temporada me dio por ver desnudos a todos los hombres que me iba encontrando, y en una reunión con el presidente del grupo editorial, le solté:

—¡Don Arturo, qué bien le quedó la circuncisión!

Imaginad cuando volví a la realidad y me di cuenta de lo que había dicho y a quien se lo había espetado. También quise hacerme bicho bola, pero en lugar de eso me entró una arcada y unas enormes ganas de echar sobre la mesa de reuniones los raviolis rellenos de carne que me había comido al mediodía. Fue el propio señor Arturo de Gándara el que me acompañó al baño. Al final pude retener el vómito, pero la vergüenza no me la quita nadie. El presidente no me había acompañado sólo por ser cortés, que también, sino porque quería preguntarme cómo demonios sabía yo que él estaba circuncidado.

Pero volvamos a la aparición de Jesucristo. Esto es culpa de mi abuela, que cada vez que veía a Paul Newman o a Robert Redford en la tele decía que eran igualitos que Jesucristo. Se me quedó tan dentro, tan dentro que, ahora, cuando me topo con un tío bueno, me imagino a Jesús de Nazaret en todo su esplendor.

Y, en efecto, ante mí tengo a un hombre con todas las letras. Unos preciosos ojos negros color azabache que atraviesan mi pecho, un cuerpo esbelto como el de David Beckham, un morenazo a lo Don Draper en *Mad Men*, un exquisito estilo en la indumentaria al que un Brioni sienta de maravilla. Unos zapatos Versace, de esos que poseen la mejor horma para el caballero. En definitiva, un hombre que a buen seguro no es para mí. ¡Qué hombre, por Dios!

Rápidamente se me dispara la ceja derecha hacia arriba. Es mi detector de Eros. Cuando veo a un chico que me atrae,

al mirarle, se me pone la ceja que ni al expresidente del Gobierno de España Zapatero. Menos mal que la gente no sabe identificar qué significa, pero yo sí: que estoy hablando con alguien con quien estaría dispuesta a llegar a algo.

—Perdona si te ha molestado lo que he dicho. Pensé que querrías saberlo —me explica Jesucristo, que así le voy a llamar hasta que me diga su nombre.

—No, no me molesta. Para nada. Esto... ¿Qué habías dicho?

—Que tienes la cara manchada con un chorrete de salsa.

Y en ese momento me doy cuenta de que probablemente estoy haciendo el ridículo y si tenía alguna posibilidad de pasar la noche con Jesucristo, esta posiblemente se ha esfumado. Saco el móvil, pongo la cámara en modo *selfie* y me miro la cara. No sólo tengo salsa, sino restos de arroz del *maki* y, sobre todo, un rostro que bien podría ser el de Marujita Díaz en sus últimos años de vida. ¡Qué mal me ha sentado la separación de Esteban, los casi treinta años y el *mobbing* al que estoy siendo sometida por la Loles Hijaputa Wintour!

Sí, casi treinta años. Me quedan treinta días para cambiar de decena. Para dejar de ser veinteañera, para convertirme en la versión 3.0 de mí misma, para comprobar con conocimiento de causa si es verdad que los treinta son los nuevos veinte o sólo es un invento de los treintañeros *peterpanes* para justificar su propia desorientación en la vida.

Cojo una toallita y me limpio el estropicio con la celeridad de Valentino Rossi lanzándole una patada a Marc Márquez. Perdonad la cita, pero es que a Esteban le gustaban mucho las motos. ¡Quién lo diría sabiendo cómo terminó el cuento! Miro a Jesucristo con mucha dignidad. Él no ha despegado la vista de mí, lo he notado, pero no creo

que sea porque sienta algún tipo de atracción sexual. Será la fascinación por los frikis, como los que veían *El semáforo* o los que son capaces de tragarse horas y horas de los canales de videntes o de teletienda.

Le miro con la mayor dignidad que soy capaz de reunir y me presento:

—Me llamo Sol y soy especialista en cagarla en los momentos más inoportunos.

Jesucristo suelta una carcajada que resuena en mis oídos y me hace casi perder el equilibrio por la vergüenza.

—¿Esa es la frase que mejor te define? —me pregunta tras recomponerse.

—Una de ellas. Las tengo peores. ¿Cuál es la tuya?

—Me llamo Luis y me dedico a inventar sentimientos para que tú te gastes lo que ganas trabajando de juntaletras en un oficio que no te llena, porque te maltrata una jefa déspota.

Alucino. Lo sabe todo de mí. ¿Pero este tío quién es? ¿Rappel? ¿No será un holograma, otra de mis imaginaciones? Seguro que ha estado investigando mis redes sociales. No hay duda, es uno de esos tipos que saben todo de ti porque han rastreado en Facebook lo que has publicado tú o tus amigos. ¿O a lo mejor, esto es una cámara oculta...? ¡Joder, que me estoy obsesionando!

Pienso a toda velocidad en estas estupideces cuando, de repente, me fijo en que detrás del tal Luis, antes Jesucristo, veo a Sara mirándome con una sonrisa traviesa, guiñándome el ojo y señalando al guapo, presuntamente de manera discreta.

Por fin lo entiendo, ella le ha chivado al hombre que tengo delante todos los detalles de mi depresión. ¿Sabrá también lo de Esteban? Tengo que averiguarlo.

—¿Y eso a lo que te dedicas cómo es en cristiano? —le pregunto, tratando de poner el tono menos interesado que mi mente es capaz de imaginar.

—Soy creativo publicitario.

—¿Como Don Draper?

—Mucho más imperfecto. ¿Y tú tienes alguna otra habilidad aparte de cagarla en público?

Tengo que pensar a toda velocidad una habilidad que resulte interesante a Don Draper-Luis-Jesucristo. ¿Lo busco en Google? Creo que sería demasiado descarado teclear ahora en mi iPhone. Musas que nunca me habéis ayudado, ahora os necesito. ¡Por Dios!

—Yo sé hacer la gaita —le espeto a Luis sin poder controlar las palabras que salen de mi boca.

—¿Cómo?

—Dime una canción y te hago la versión gaitera sólo con mi voz.

No puedo creer que le haya soltado una parida de tal magnitud. Esto es el final. *The End*. La muerte de esta historia de amor neonata. Cuando iba a Berlanga, el pueblo de mis padres, mi amigo Pelao, que ahora es matarife de cerdos, me enseñó durante un botellón a hacer la gaita. No sé cómo, pero se me daba realmente bien. Diría que es lo único que hago a la perfección en mi vida. En lo demás que se supone que controlo no soy más que una mediocre y siempre estoy temiendo que descubran mi farsa. Pero lo de la gaita, lo reconozco, lo bordo.

—Venga, va, *Bailando*, de Enrique Iglesias.

Me quedo mirándolo durante treinta segundos teniendo la absurda esperanza de que se eche atrás en su decisión. Me mira invitándome con los ojos y su retadora sonrisa a proceder a mi actuación. Quién me manda meterme

en estos berenjenales, como decía mi santa abuela, que en gloria esté. Además, ¿ha dicho Enrique Iglesias? ¿Esto es lo más moderno que hay en esta fiesta? Cierro los ojos y que sea lo que Dios quiera. Así que lenta, muy lentamente, coloco mi mano derecha en mi nariz, levanto el mentón y la mirada hacia el techo, estiro mi papada con la mano izquierda y comienzo mi interpretación.

Un sonido agudo, similar, no al de una gaita, sino al maullido de un gato al que le han pisado la cola, emerge de mi garganta, pasa por el filtro nasal de mi protuberante napia y acuchilla sin piedad las ondas acústicas del casoplón.

De repente, tan excelsa melodía se confunde con la carcajada de Don Draper y el innumerable coro de voces que lo acompaña. Termino mi interpretación, abro los ojos y allí están el señor disfrazado de hombre perfecto y todos los asistentes al cumpleaños, aplaudiendo sin cesar como si acabaran de ver una actuación de Tamara, la mala, la que se hace llamar Yurena por un litigio con la otra Tamara, la buena. Carcajadas que me parecen desproporcionadas, incluso para el alcohol y el nivel de coca y/o marihuana que probablemente lleven en el cuerpo.

Inmediatamente, un sentimiento de vergüenza pueril, extremo, mi acostumbrado sentido del ridículo durante el instituto, se manifiesta de manera contundente. Salgo corriendo como una exhalación hacia el baño, me encierro en un retrete de mármol con una taza de váter con forma de átomo y comienzo a llorar desconsoladamente. La segunda vez que me ocurre en este día.

Pero... ¿por qué lloro? ¿Qué me importa a mí lo que piense la gente? ¿Se reían de mí o conmigo? Todo el maremoto de sentimientos, sensaciones y estados de ánimo que

me acompañan durante los últimos meses bulle dentro de mi cuerpo. Y de lo único que tengo ganas es de que explote mi cabeza y me deje en paz para siempre. A lo mejor debería acabar con todo.

Quizá si pienso mucho-mucho-mucho en un chiringuito de una isla paradisíaca, aparezca, por ejemplo, en Bali mediante eso de la teletransportación... O tal vez sea posible que me pueda meter por el váter y este me conduzca irremediablemente por un túnel hasta... hasta... Benidorm. ¡Dios mío, hoy me vale hasta Benidorm! Sólo hace falta desearlo con todas las fuerzas porque, como dice mi psicólogo, el de los ciento diez euros la hora, quien quiere, puede. Y yo...

—Sé que estás pensando que has hecho el ridículo, pero a mí me has ganado con tu interpretación. Es más, estoy pensando en incorporarla a alguno de mis *spots* publicitarios —dice Don Draper-Luis al otro lado de la puerta.

Su voz me hace pegar un respingo y volver a la realidad cuando ya me veía tomando el sol con un daiquiri en una mano y una novela de Federico Mocchia en la otra. Abro la puerta y le miro fijamente a los ojos.

—¿En serio no te reías de mí?

—No, me reía contigo. Eres muy divertida.

Miente como un bellaco, o, mejor dicho, como un publicista, capaz de inventarse cualquier milonga para colocar su producto. ¿Qué querrá venderme? Sea lo que sea, lo compro, porque sólo escuchar esas palabras en un tono conciliador hace que me sienta casi como una infanta, dejemos lo de princesa y reina para más adelante. ¡Cómo nos manipulan los creativos publicitarios para convertirnos en robots consumistas!

De repente, una fuerza interior me empuja a hacer lo que hago únicamente cuando voy muy borracha. Me lan-

zo a su cuello y le doy un largo y húmedo beso. Menos mal que me lo acepta, porque no hay nada más triste que te hagan la cobra en un retrete.

Pero no, acepta, no me hace la cobra ni nada. ¿Alguien ha visto a un hombre haciendo la cobra? No son besos a lo bestia sino cortos, húmedos, diría que mucho más excitantes. Poco a poco su lengua juega con la mía y yo no me lo puedo creer. Estoy besando a Don Draper. Mi alucinación tiende a traicionarme de nuevo y, por momentos, como tengo los ojos cerrados, imagino que estoy besando a John Hamm, el verdadero nombre del actor que interpreta a Don Draper en *Mad Men*.

Tiene la lengua de tamaño medio, ni demasiado corta, que casi no hace acto de presencia, ni una de esas lenguas de serpiente que se te meten hasta la campanilla si te despistas. Por un momento pienso: ¿el tamaño de su pene será proporcional al de su lengua?

¿Qué te está pasando, Sol? Hace seis meses había caído en un hoyo profundo y oscuro en el que la apetencia por el sexo era sólo un vago recuerdo y, ahora, de repente, estoy pensando en su pene. Un pensamiento que me hace abrir los ojos.

Y en ese momento me doy cuenta de que ya no estoy en el ático de Alonso Martínez rodeada de gais y bolleras *wannabe* en el mundo del cine. Me encuentro en el salón de Don Draper. O, mejor dicho, de Luis Moreno. Me ha traído hasta su casa sin apenas darme cuenta. ¿Pero este tío me ha drogado o qué? Bueno, y qué más da si me ha echado unas gotas del «beso del sueño». Yo, encantada.

Su mano derecha comienza a tocar mis tetas y poco a poco mis pezones tienden a endurecerse, mientras con la izquierda efectúa una incursión hacia las profundidades

de mi ropa interior. El nivel de temperatura de mi cuerpo alcanza cifras del desierto del Sáhara al mediodía... Pero... un momento. ¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡No me he depilado!

Más que el desierto del Sáhara, si Luis sigue haciendo su incursión en mi entrepierna, se va a encontrar con la mismísima Selva Negra. Rápidamente, me aparto de él en un movimiento de repliegue que ni la monja más casta del colegio en el que estudié.

—¿Ocurre algo? —pregunta Luis sorprendido.

—Tengo que ir al baño... Ya sabes, tanto champán en la fiesta... —Le driblo con un giro estratégico pensado un segundo antes de realizarlo.

Luis me indica «al fondo a la derecha», como en los bares, y entonces me doy cuenta de lo chulo que es el piso en el que me encuentro. Un espacioso salón decorado con muebles modernos y pinturas abstractas, tipo Chagall, puesto a la última en tecnología con un *smart tv* de 55 pulgadas y un equipo musical por *bluetooth*. Se escucha *Ziggy Stardust*, de David Bowie, el ídolo que se fue en silencio.

Llego a toda velocidad, me miro al espejo y observo mi cara de «estoy deseando acostarme con Don Draper, pero, ay qué horror, no me he depilado». ¡Cuchillas! Luis tiene que tener cuchillas de afeitar por algún sitio. Busco en todos los armarios del gigantesco cuarto de baño con un hidromasaje casi olímpico. ¡Lo que podría hacer yo con Luis en ese *jacuzzi*... y él conmigo!

No encuentro las cuchillas, pero sí doy con unas tijeras cortaúñas que me vienen perfectas para rebajarme el frondoso vello púbico. Una vez realizada la tarea con la precisión de un cirujano, descubro que hay una cuchilla de depilar en uno de los ángulos de la bañera. ¡Un momento,

Sol, un momentito que aquí ha estado una mujer...! ¿Pero por qué te extrañas, descerebrada? Aquí vendrá una mujer diferente cada fin de semana, pero esta es tu noche y tienes que aprovecharla. Y no sólo porque llevas seis meses de sequía, sino también porque tienes para ti sola al tío más bueno con el que has estado en tu vida.

Emocionada por tamaño evento, comienzo a depilarme las ingles hasta que...

—¡Aaaaaaaaaaaah! ¡Ay, Dios mío; ay, Dios mío! ¡Madre mía, que me he cortado!

La sangre empieza a salir a borbotones y se forma un pequeño charco alrededor de mis pies. ¿Qué hago? Me echo agua, pero el líquido rojo no para de salir. Me arrastro hasta el armarito situado encima del váter y busco y rebusco hasta encontrar un poco de algodón clínico que, rápidamente, coloco sobre la herida presionándola con fuerza.

¡Joder, cómo lo he puesto todo! La he liado parda. Esto no puede estar pasándome a mí. ¡No, por favor...! Esto es muy mío, pero no, por favor, que sea una de mis imaginaciones.

Va a ser que no.

Y me duele. Me duele mucho el corte. Es una zona especialmente sensible y... ¡Joder! Esto ha sido cosa de la bruja de mi directora, de Loles, seguro que me ha puesto la pierna encima para que no levante cabeza. ¿Pero qué coño haces, Sol, citando a los ilustres ignorantes de este país? Dios... ¿Qué hago?

Oigo unos golpes al otro lado de la puerta. Es Luis.

—¿Estás bien? ¿Tengo que llamar a una ambulancia o a la policía?

—¿Qué...? —le pregunto estupefacta.

¿Cómo puede saber lo que está pasando? ¿Tiene cámaras o qué? A ver si voy a estar en *Gran Hermano* de verdad y yo sin enterarme. Escaneo ocularmente el cuarto de baño en busca de algún artefacto registrador de vídeo hasta que...

—Que es broma. Oye, que no tardes mucho, ¿vale? Te espero en mi dormitorio, al otro lado del pasillo a la izquierda. ¿Sabes que la cama es el mejor lugar para fabricar sueños...?

—Ya salgo, ¿vale? Dame un ratito más, es que quiero estar muy guapa para ti.

—Para mí ya estabas perfecta, pero tú misma. Cuanto más tardes, más caros te van a costar mis servicios, que yo cobro por hora...

Río como una tonta la chorrada de Luis, porque supongo que no lo ha dicho en serio... Y tampoco creo que sea todo esto una broma pesada o un regalo celestial de mis amigas que, viendo que llevo tanto tiempo sin catar, quieren levantarme la moral. No, no puede ser, sería ya lo último.

Cojo el papel higiénico y empiezo a mojarlo en la sangre para, poco a poco, pero muy estresada, empezar a recoger el charquito y tratar de dejarlo todo como me lo había encontrado. Tiro el papel empapado en sangre por el retrete y, al pulsar la cisterna, observo como forma un remolino y la boca de porcelana blanca se lo traga. Presto atención a mi herida y advierto que por fin he conseguido cortar la hemorragia. Gracias a que me he echado unas gotas de colonia a falta de alcohol, el corte causante del estropicio ha quedado cerrado. Por si acaso, me pongo una tirita de Bob Esponja que he encontrado en un cajón.

Respiro hondo, hago pis, me lavo las manos y me dispongo a salir para reanudar el que va a ser el mejor polvo de mi vida.

Pero ¡horror! Cuando llego al dormitorio de Luis, después de perderme un par de veces a oscuras por la casa, observo que el atractivo publicista está dormido y, además, ronca, y de qué manera. No todo podía ser tan perfecto.

¡Se me ocurre la mejor de las ideas! Bueno, en realidad no es mía, la he visto miles de veces en las películas. Voy a despertarle metiéndome sigilosamente debajo de las sábanas y chupándosela. ¿Es demasiado osado...? Qué coño, es el polvo de mi vida, ¿no?

Al principio no surte efecto y aquello sigue más flácido que las nalgas de mi abuela, pero poco a poco voy logrando el objetivo y el palo comienza a ponerse enhiesto. Es el tamaño perfecto, mediano tirando a grande. Al menos de lo poco que yo conozco...

Luis me reclama y me coloco encima de él. Volvemos a besarnos, esta vez mucho más lascivamente que antes. Él desciende su mano a mi entrepierna y comienza a hacerme sentir aún más caliente de lo que ya estaba...

—¡Ay, Aitor, ay! ¡Sí, Aitor! ¡Sigue, aaaah, ay!

Luis detiene en ese momento la manipulación clitoriana que estaba realizando y yo insisto en que continúe, por favor, que no me deje así. Que estaba a puntito.

—¡Ay, ay, ay, Aitor, ay! ¡Aitor, sigue, sigue!

—Has dicho... Aitor —me informa como quien de repente oye el nombre de alguien que conoce.

—¡Sí...! ¡Qué pasa! ¡Sigue, por Dios! No pares... —le suplico, presa de la desesperación de alguien a quien le han puesto el caramelo en la boca para arrebatárselo.

—¿Quién es Aitor?

—Mi psicólogo... Es que voy al psicólogo, ¿sabes? Pero no es que yo esté loca, no, ni mucho menos... Es por una

tontería... Una relación fallida... Vamos, que todo el mundo lo hace en estos tiempos, ¿no?

—Si a mí eso me parece muy bien, pero ¿por qué te has acordado de él cuando estabas en pleno éxtasis conmigo?

De repente, caigo en la cuenta realmente de lo que acaba de suceder y Luis tiene razón. ¿Por qué en un momento tan crucial de mi vida, cuando estoy a punto de entrar en el paraíso, me acuerdo de Aitor, mi psicólogo, que, además, está felizmente casado?

La jodí y de qué manera. Iba a ser el polvo de mi vida y...

En fin, que la he cagado una vez más. ¡Si es que esto sólo me pasa a mí, si es que soy la leche!

Aún me acuerdo de aquella vez que, en plena excursión de fin de curso del colegio, le estaba contando a Ruth Orgaz, que era mi mejor amiga, que me había besado con Sergio Ariza. En ese momento, el tal Sergio pasaba por delante y negó la mayor. Me había pillado. No nos habíamos besado porque él me había hecho la cobra. Sí, un chico que hacía la cobra. Pero yo sólo quería fardar delante de mi amiga de haber besado al chico más guapo de la clase. Lo que yo no sabía es que, con el tiempo, Sergio se metería en una secta de esas que fomentan que hay que ser vírgenes hasta el matrimonio.

—Pues verás, me he acordado de él por error. Porque, no sé... Te llamas Luis, pero en realidad tienes cara de Aitor, ¿no te lo habían dicho antes?

—Una vez que fui a los Sanfermines, y estaba en una *herriko-taberna,* me lo dijo una vasca.

—¿Y qué hacías tú en una *herriko-taberna*?

—Un grupo *abertzale* quería contratarme para hacer una campaña publicitaria para captar más adeptos a su causa... La reunión fue allí.

—Y no lo harías, ¿verdad?

—No tenían suficiente dinero para pagar mi caché, pero por vender, yo vendo lo que sea...

—Pero el caso es que tienes cara de Aitor. ¿Ves? Asunto resuelto. ¿Podemos terminar lo que habíamos empezado? —le apremio sin disimular mi desesperación por acabar con mi sequía.

—¿Qué hora es? —me pregunta mientras busca su móvil en los pantalones tirados en el suelo...

Yo miro hacia la ventana y observo los primeros rayos de luz. La penumbra está dejando lugar a cierta claridad y soy capaz de fijarme en la decoración del dormitorio. Realizo una panorámica con mi mirada por toda la habitación, diseñada con un gusto sibarita propio de un amante de la estética y la apariencia. De repente, mis ojos se detienen en unas fotos en blanco y negro colgadas en una pared de color crema. Allí aparece Luis Moreno, impecable, como lo que he visto hasta ahora de él, junto con un niño de unos seis años y una espectacular rubia. Los tres están en la playa, y ella, maravillosa, va vestida con un pareo blanco ibicenco.

—¡Dios, son las ocho menos cuarto, mi mujer y mi hijo llegan de Euro Disney en media hora y tengo que ir a recogerlos a la T4! Tomaban el vuelo a las seis de la mañana. Lo siento, pero te tienes que ir... —El mazazo en forma de palabras procede de los labios de Don Draper.

¡Mierda! Lo tenía que haber previsto. ¡Cómo puedes haber pensado que a ti, Sol, te iba a pasar algo tan bonito! Una vez más me siento como si se hubiera caído el techo de la Capilla Sixtina sobre mi cabeza y ni siquiera Miguel Ángel fuera capaz de sacarme de los escombros. Como puedo, recojo mi ropa y me arrastro hasta la puerta. Veo la

imagen de Luis diciéndome algo, pero ya no escucho sus palabras. Soy una zombi y lo único que quiero es salir de allí.

Camino por la calle como si fuera uno de los muertos vivientes de *The Walking Dead*, la serie favorita de mi ex.

Y lo peor... No tengo gafas de sol.

No te preocupes, Sol, el peor día de tu vida no puede durar más de veinticuatro horas. Me chorrea el optimismo.